

—¿Católico tu padre! ¿Desde cuándo?

—Desde que cayó enfermo. Ya recordará V. que los protestantes con sus mentiras y promesas lo engatusaron, como decía mi madre. Y como Gabriel es también protestante y más rico que Eduardo, mi padre se empeñó en que abandonase a éste y admitiese a Gabriel. Me mantuve fuerte; y le contesté con resolución y energía, y hasta quizá con algo de dureza, diciéndole que yo no cotizaba el corazón y valer de ningún hombre por sus riquezas, sino por la sinceridad de su amor y sus buenas cualidades: que Gabriel ni por su amor, ni por su cualidades, y mucho menos por sus ideas religiosas, podría jamás ocupar en mi corazón el lugar que ocupaba Eduardo, joven formal, sincero y sobre todo católico como yo. Insistió mi padre: yo resistí. En fin, la cosa se puso mal; y fué entonces cuando por evitar mayores males marché a América, con la excusa de ampliar mis estudios. Eduardo me ha esperado leal y constante, y como para él he vuelto la misma, pues... todo arreglado.

—Pero, ¿y el cambio de tu padre?

—¡Ah! se me olvidaba. Verá V. Durante la enfermedad, mi madre con su paciencia y cariño, y con ese cora-

zón que tiene tan buenazo, lo ha ido ganando poco a poco. Hoy está completamente cambiado: parece otro. Al llegar yo de América, y encontrarlo en cama, lo abracé y besé con toda la intensidad de mi amor. Se echó a llorar como un niño. Con mis caricias, besos y mimos se serenó. Y de repente me pregunta con mucho interés por Eduardo. Figúrese V., ¿qué apuro para mí. Como aún no sabía nada... Miré a mi madre, y ella contestó por mí. Entonces mi padre con mucho cariño me dijo: Quiérela, hija mía: es juicioso y formal, aficionado al estudio y al trabajo; y además católico como tú, como toda nuestra familia. Esos protestantes... Ellos lo enredaron todo. No: ya no me engañarán otra vez.—Al oírle hablar así, rompí a llorar de alegría.

—No me extraña que llorases. ¡Vaya un cambio! Te felicito, Dolores; y espero felicitar a tu padre personalmente. Porque te advierto que desde que marchaste, no he pisado tu casa. Ya recordarás cómo se puso tu padre cuando yo intercedí hace tres años por Eduardo, diciendo que era digno de tí. Menudo lío que se armó. Menos pegarme, de todo hubo. Estaba insufrible. Para él no había otro como Gabriel, el protestante calavera.

Y bien, Eduardo estará loco de alegría. Hace días que no lo he visto, y la última vez que hablé con él, todavía duraba la tormenta. ¡Cuánto me alegro! Lo conozco bien, y puedo decirte que serás feliz con él. Buena parejita vais a formar, Dolores. ¿Cómo no ha salido?

—Ha quedado en casa acompañando a mi padre, que hoy, parece tenía ganas de hablar; lo cual indica que su enfermedad no es de gravedad. Yo he salido con estas, y cuando volvamos estaré con él. Ya le hablaré de este encuentro.

—Sí, háblale; y dile que mañana me presento en su casa, y le doy el abrazo más fuerte que ha recibido en toda su vida. Y no te olvides de saludar a tu padre. Supongo habrá cambiado también con respecto a mí. Esta noche me es imposible. Ya ves, las siete; pero lo visitaré pronto.

—¿Las siete ya? Me estarán esperando... ¡Nena, a casa!... Adiós, y descuide, que todo se les diré.

—Adiós, Dolores. ¡Ah! se me olvidaba. Supongo habrás venido con el doctorado en el bolsillo.

Sonriente y modesta, contesta con una sencilla inclinación de cabeza; y al auto.

EL SOLITARIO.

AL MARGEN DE LA VIDA EN LAS RIBERAS DEL PASIG

El hombre que ha estado todo el día rindiendo tributo a esa ley general del trabajo, que si a veces es ley dura y enojosa, es siempre también,

“Levadura del placer humano”

como la cantó el poeta, y que al acercarse el crepúsculo de la tarde se dedica a pasear, goza más intensamente de las delicias del paseo que quienes ven deslizarse la vida en ocio perpetuo.

Las calles y los paseos, bañados por la melancólica luz de un sol moribundo, nos llevan la imaginación a lejanos países de ensueño.

Las primeras estrellas tiemblan en el cielo y las almas se preparan para el misterio de la noche.

Paseamos, nos olvidamos de la triste realidad, echamos a volar la fantasía. Nos transportamos más allá, más hacia la región de la poesía, más cerca del quíserico país que dibujan las nubes en el cielo, y en el que creemos que toda paz y toda felicidad tienen su asiento.

Olvido, olvido divino de la vida, dulce sombra en nuestros pesares, aura tibia que anima la llama de la ilusión.

Y todo entonces lo vemos de color de rosa, y el cielo es más azul y más diáfana la atmósfera y más alegre el canto de los pájaros y más delicado el aroma de las flores y el amigo es casi un hermano y la mujer que pasa, una niña y late el corazón como en sus mejores años y dicen los labios palabras de amor y la naturaleza toda parece que entona un himno gigante y magnífico a la hermosura y belleza de la vida...

¡Oh! ¡Cuando los arañazos de la prosa de la vida

han estado a punto de hacerme desfallecer al borde del camino, cuántas veces sentí, al mágico influjo de esos paseos vespertinos, que la sangre corría a borbotones por mis venas, que auras de sano optimismo oreaban mi frente calenturienta, que el corazón se hacía más grande y más decidida la voluntad, que el mundo entero era poco a los afanes y aspiraciones de mi alma, lanzándome de nuevo con más fe, con más entusiasmo, con más esperanza por los senderos del porvenir!

Pero ¡ay! en el paseo de esta tarde un ambiente de tristeza me ha rodeado por todas partes, sin poder distraerme a él. Y por eso héme venido aquí, lejos del ruido y del bullicio, a orillas del Pasig cariñoso, mudo confidente quizá de heridos corazones, a llorar. cual los cautivos de Sión, los males de mi pueblo. Y como aquellos, también yo he suspendido de los árboles, que hacían más espesas las primeras sombras de la noche, mi humilde laud de poeta, creyéndome extranjero en propia tierra. Y sentado junto al remanso de un recodo, hu dida la cabeza entre las manos, he pensado con tristeza y amargura en lo que he visto esta tarde.

En una populosa avenida de la ciudad, agolpándose ante las amplias puertas de un edificio, he visto hombres, muchos hombres disputándose a gritos la entrada en él. En el frontis de la fachada y en gruesos caracteres, que me parecían escritos con fuego, he leído este letrero: *Stadium*. Inmenso cartelón anunciaba que dos, cuatro, seis; no sé cuantos hombres se iban a pegar bárbaramente, cruelmente, inhumanamente para solaz y diversión de otros muchos hombres. Y la multitud rugía,

ébría de brutal e insano entusiasmo, cual si presintiese ya, como las fieras, el olor de sangre humana.

Y entonces más que nunca, ante el tristísimo espectáculo de un pueblo que uncido y todo al carro triunfador de extranjera nación, acude sin embargo a esa cátedra de salvajismo, a esas aulas de barbarie, me ha inspirado verdadero horror, asco profundo ese repugnante deporte del boxeo.

Y me ha invadido un vivísimo y agudo sentimiento de conmiseración hacia ese pueblo, digno de mejor causa, que hoy parece empeñado en ahogar, entre gritos y alaridos selváticos producidos por el brutal puñetazo de un campeón que hace crujir las mandíbulas de su con-



trincante, la voz de la conciencia nacional, que está clamándole con insistencia el sacratísimo deber que sobre él pesa.

¡Pobre pueblo! ¡Pobre Patria!

¡Y si solo fuera esto!.. Porque lo peor, lo inmensamente peor, lo que más ha llenado un corazón de dolor y pesadumbre ha sido el ver entre la multitud, compitiendo con ella en desenfadada alegría y brutal entusiasmo, al sexo débil, al bello sexo, a la mujer filipina.

Pero, ¿qué digo?... Aquélla no es, aquélla no puede ser la mujer filipina. ¿Es que no existirá ya nuestro más legítimo orgullo, nuestra gloria más preciada, nuestra más preciosa joya, la flor en fin de la raza que es nuestra mujer, la mujer filipina, en cuyo corazón, moldeado en la turquesa del Cristianismo, sólo tienen cabida los más puros, los más grandes, los más nobles sentimientos, las más exquisitas ternuras, los más delicados afectos de bondad?... No; no puedo creerlo, porque entonces sí que seríamos un pueblo muerto, definitivamente muerto.

La mujer que tenga corazón, y si es filipina lo tiene y muy hermoso, no disfruta, no puede disfrutar en ese bárbaro espectáculo. Si la mujer, cuya misión sobre la tierra es la de embellecer nuestra existencia y dar al hombre una sombra bienhechora en el abrasador desierto de la vida, gozase y se divirtiese y encontrase placer en el degradante espectáculo de dos hombres que luchan entre sí con más fiereza, con más odio y encono que las mismas fieras, sería la triste evidencia de que ni las ideas cristianas ni la evolución en los sentimientos perfeccionando el espíritu, habían influido en ella. Y suponer esto en la mujer filipina sería ofenderla e injuriarla en sus más sagrados fueros, pues por ventura para nuestro pueblo ha sabido llegar a poseer la exaltación de su verdadero destino, siendo la reina indiscutible de nuestros hogares.

No; no es, no puede ser la mujer filipina aquella que ví esta tarde con dolor, disputándose la entrada en la cátedra del salvajismo, en la que unos *hombres* habían de pegarse bárbaramente, cruelmente, inhumanamente para solaz y diversión de otros *hombres*.

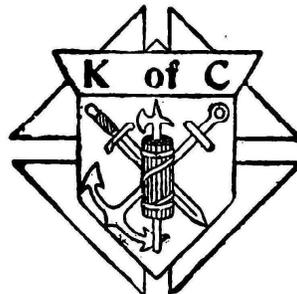
Si esa fuera, renegaría ahora mismo de la mujer de la raza.

La mujer filipina es esa de ojos ensoñadores, que estoy viendo cerca de mí y que buscando, quizá como yo, la paz y la calma del Pasig cariñoso, ha lanzado al aire en este momento, turbando el augusto silencio de la noche, las melancólicas y suavísimas notas de un cundiman.

Por la senda de la vida
caminamos placenteras,
entre lilas y sampagas,
cocoteros y palmeras.

¡Bendita tu! ¡Has cantado la belleza y poesía de la vida!

“EL PEREGRINO”



Según lo anunciamos, celebróse el jueves de la semana anterior, en el salón de sesiones del Concejo, la elección de la nueva Junta de Dignatarios del Concejo núm. 1000 de Manila, de los Caballeros de Colón. Reinó en la sesión, muy concurrida por cierto, la más franca y fraternal cordialidad.

La nueva Junta de Funcionarios quedó constituida en la siguiente forma:

Gran Caballero: Don FELICISIMO R. FERIA.
Delegado Gran Caballero: Don ALEJANDRO DE ABOITIZ.
Canciller: Don MANUEL RAVAGO.

Recorder: Don SIMON L. GARCIA.
Secretario Financiero: Don JUAN CAMAHORT (reelegido).

Tesorero: Don VICENTE MONZON.
Letrado: Don VICENTE ROMUALDEZ.
Guardian: Don JACINTO GOCHICO.
Guarda interior: Don JOAQUIN DAVI.
Guarda Exterior: Don RAIMUNDO MILLER.
Fideicomisarios: Don GABRIEL LA O y Don JOSE Ma. DELGADO.

Reciban los agraciados con la confianza del Concejo, la sincera felicitación de

Un KNIGHT.